



GUÍA N° 3 DE APRENDIZAJE:
Lengua Castellana y Comunicación
Unidad 1: Tradición y Cambio. Cuarto medio.

NOMBRE : CURSO:

Estimados y estimadas estudiantes: Esta es la tercera guía de aprendizaje, hasta el momento deberían haber leído “La dialéctica de la soledad” y sus respectivas actividades en el cuaderno, prontamente, les llegará el solucionario de esa actividad. Recuerden que la próxima semana les llegará la evaluación de las guías N°2 y 3. Estoy atenta a las consultas al correo profesorafabiolasarmiento@gmail.com , sus dudas las responderé entre las 8:00 de la mañana a las 13:00 Hrs. de lunes a viernes. Las personas que tengan problemas con acceder a una cuenta de Netflix, por favor, comunicarse conmigo, ya que la necesitaremos para la evaluación final de esta unidad.	
TEMA DE LA UNIDAD	Unidad 1: Literatura y ensayo Análisis del contenido y la estructura de los ensayos . Interpretar y comparar obras dramáticas que abordan el tema de la mujer. Analizar obras de anticipación social . Crear textos expositivos argumentativos.
OBJETIVO(S) DE APRENDIZAJE:	AE 03 Analizar, interpretar y comparar novelas de anticipación social distópica .
TEMA DE LA GUÍA	Novelas de anticipación social.
ACTIVIDADES DE APLICACIÓN:	En esta guía, encontrarás la caracterización de las novelas de anticipación social distópicas, posteriormente, un fragmento de la novela “1984” para analizar a través de preguntas de comprensión lectora.
MECANISMO DE EVALUACIÓN	No es necesario imprimir esta guía, ya que en Word puedes destacar y hacer comentarios al costado también. Escribe el número de las preguntas y tus respuestas, luego cuando te llegue el solucionario compara tus respuestas y cuenta tu puntaje.

Novelas de anticipación social: ¿Qué es la distopía?

*“Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que, gracias al consumo y al entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre”. Fragmento de la novela ‘**Un mundo feliz**’ (1932)*

Ya desde el estallido social del 2019 en nuestro país y, más aún, con la pandemia que estamos viviendo, mucha gente describe estas situaciones como distópicas. Revisemos, a continuación, a qué se refiere este término:

Si una utopía es una sociedad ideal, perfecta, una distopía es todo lo contrario, son sociedades ficticias muy presentes en la literatura y en el cine. Pertenece al subgénero de la literatura de ciencia ficción que se define como una sociedad caracterizada por un enfoque en las sociedades negativo tal como la pobreza masiva, la desconfianza pública, el Estado policial, la miseria, el sufrimiento o la opresión. Normalmente, la tecnología en estas sociedades ha intervenido tanto que la vida como tal la han transformado, sin embargo, esto no necesariamente es positivo para el mundo.

La mayoría de los autores de ficción distópica exploran al menos una de las razones por que las cosas son así, a menudo como una analogía para cuestiones similares en el mundo real. La literatura distópica se utiliza para «proporcionar nuevas perspectivas sobre las prácticas sociales y políticas problemáticas que de otro modo podrían darse por sentadas o considerados natural e inevitable».

- Por lo tanto, los ciudadanos perciben estar en vigilancia constante.
- La información, el pensamiento independiente y la libertad están restringidos.
- Los ciudadanos tienen miedo del mundo exterior. Se ajustan a las expectativas uniformes, la individualidad y la disidencia son malas.
- Los ciudadanos viven en un estado deshumanizado. Personas tratadas como objetos.



Todas las ilusiones anteriores no serían posibles, sin la ayuda de los medios de comunicación masiva (MCM), el pueblo se alimenta de una información que el gobierno controla. Los mcm son la mejor herramienta de sometimiento de la humanidad. Si se bombardea a la comunidad con noticias con el propósito de asustar o fomentar el odio entre la gente, tarde o temprano las personas creerán esas mentiras.

Una **distopía** o **antiutopía** es una sociedad ficticia indeseable en sí misma. Suele ser sinónimo de «mal lugar» y es un antónimo de utopía, un término que fue acuñado por santo Tomás Moro y figura como el título de su obra más conocida, publicado en 1516, un modelo para una sociedad ideal con criminalidad, violencia y pobreza mínimos.

Luego en 1921, el ingeniero ruso Yevgeni Zamiatin publica «Nosotros», presentando a unos seres sin nombre que sufren bajo el yugo del poder absoluto. Así, la distopía imagina un futuro carente de privacidad y libertades, en la que la ciencia y la tecnología sirven para que unas élites todopoderosas esclavicen a la humanidad.

Tras la publicación de «Nosotros», llegarían tres clásicos:

- «Un mundo feliz» de Aldous Huxley
- «1984» de George Orwell
- «Fahrenheit 451» o «El hombre Ilustrado» de Ray Bradbury.
- «La fundación» Isaac Asimov

Estos exploraran el totalitarismo, la industrialización y las guerras mundiales, además de tratar temas como la eugenesia (aplicación de las leyes biológicas de la herencia al perfeccionamiento de la especie humana) o la erradicación de la cultura (es decir, pérdida de la identidad).

Actividad: Lectura de del fragmento de “1984” de George Orwell y realiza las actividades en tu cuaderno con lápiz pasta, letra clara y ordenada, ya que deberás enviar imágenes de tus actividades al final de la unidad. (Esta actividad corresponde a las páginas 48 a la 51 de tu libro del estudiante, disponible en la página, de Aprendo en línea)



1984

George Orwell

I

Era un luminoso día de abril y los relojes daban las trece. Con el mentón hundido en el pecho tratando de esquivar el viento, Winston Smith se deslizó rápidamente por entre las puertas de vidrio de los edificios de la Victoria, aunque no pudo evitar que una ráfaga polvorienta se colara con él.

La entrada olía a repollo cocido y a trapos viejos. Al fondo, un cartel en colores pegado a la pared, demasiado grande para un interior, mostraba un enorme rostro de más de un metro de ancho: el rostro de un hombre de unos 45 años, con un gran mostacho y facciones duramente atractivas. Winston fue hacia las escaleras.

Era inútil esperar el ascensor. Aun en los mejores tiempos funcionaba rara vez y, ahora, había corte de luz durante el día como parte de las restricciones previas a la Semana del Odio. El departamento estaba en el séptimo piso. Sus 39 años y una úlcera de várices en el tobillo derecho lo hicieron subir lentamente, descansando varias veces en el camino. En cada piso, frente a la puerta del ascensor, el enorme rostro miraba desde la pared. Era uno de esos cuadros diseñados de tal manera que los ojos te siguen dondequiera que estés.

EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decía.

Dentro del departamento, una voz melosa leía cifras que algo tenían que ver con la producción de lingotes de hierro. La voz salía de una placa rectangular de metal similar a un espejo opaco, incorporado en la pared lateral. Winston se acercó a la ventana: la pequeñez de su figura, frágil y delgada, era más notoria por el overol azul, uniforme del Partido. Su pelo era muy claro, la cara rojiza, la piel áspera por culpa del jabón barato, las hojas de afeitarse gastadas y el frío del invierno que terminaba.

Afuera, incluso a través de los ventanales, el mundo se veía frío. Abajo, en la calle, pequeñas ráfagas de viento levantaban torbellinos de polvo y espirales de pedazos de papel y, aunque el sol brillaba en el cielo rigurosamente azul, todo

parecía ausente de color, salvo los carteles pegados en todas partes. El rostro del mostacho negro miraba desde todas las esquinas importantes. Había uno en la casa del frente. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decían las letras, mientras los ojos oscuros miraban fijamente los de Winston. Otro cartel a nivel de la calle, roto en una punta, flameaba con el viento, cubriendo y descubriendo la palabra INGSOC. A lo lejos, un helicóptero rozó los tejados, quedó suspendido por un instante, y se alejó en un vuelo curvo. Era la patrulla policial, husmeando a través de las ventanas. Poco importaba, sin embargo: la Policía del Pensamiento era lo único realmente importante.

Detrás de Winston, la voz de la telepantalla aún murmuraba datos sobre el hierro y la consecución del noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente: cualquier sonido que Winston emitiera por encima de un leve susurro, era captado por ella. Más aún, mientras permaneciera dentro del radio visual de la placa metálica, podía ser visto además de oído. No había forma alguna de saber si te estaban observando. La frecuencia o el plan con que la Policía del Pensamiento intervenía cada línea privada constituía una incógnita. Hasta se podía conjeturar que todos eran observados a la vez. En todo caso estaba claro que podía interferir tu privacidad cuando quisiera. Tenías que vivir —y en esto el hábito se convertía en instinto— suponiendo que cualquier sonido tuyo sería escuchado por alguien, y que, salvo en la oscuridad, todos tus movimientos serían escrutados. Winston se mantuvo de espaldas a la telepantalla. Era más seguro; pero —él lo sabía bien— hasta una espalda podía ser reveladora. A un kilómetro de distancia el Ministerio de la Verdad, donde trabajaba Winston, se levantaba vasto y blanco sobre el sucio paisaje. Esto, pensó con una vaga sensación de disgusto, esto es Londres, capital de la Aerofranja Uno, la tercera provincia más poblada de Oceanía. Intentó rescatar de su memoria recuerdos infantiles que le dijeran si Londres fue siempre así. ¿Siempre hubo estos paisajes de casas del siglo XIX pudriéndose, de murallas sujetas con tablas, de ventanas tapadas con cartón, de techos parchados con planchas de zinc y de viejas paredes de jardín doblegadas? ¿Y esos lugares bombardeados, con restos de yeso revoloteando en el aire y maleza desparatada, entre los escombros? ¿Y los lugares donde las bombas abrieron claros y surgieron sórdidas colonias de chozas de madera que parecían gallineros? Pero era inútil, no podía recordar: nada le quedaba de su infancia, excepto una serie de cuadros iluminados y vactos, sin causas ni orígenes precisos, ininteligibles.

El Ministerio de la Verdad —Miniverdad en neolengua¹— era asombrosamente diferente de cualquier otro objeto a la vista. Era una enorme y reluciente estructura piramidal de concreto armado blanco, que se elevaba, terraza tras terraza, hasta unos 300 metros de altura. Desde donde Winston estaba, alcanzaban a leerse, grabadas en elegantes letras, las tres consignas del Partido. GUERRA ES PAZ. LIBERTAD ES ESCLAVITUD. IGNORANCIA ES FUERZA.

Se decía que el Ministerio de la Verdad tenía tres mil oficinas sobre el nivel del suelo, más sus correspondientes ramificaciones subterráneas. Dispersos en



la ciudad, había otros tres edificios de similar aspecto y tamaño. Oprimían de tal manera la arquitectura circundante que, desde el techo de los Edificios de la Victoria, se podía distinguir los cuatro a la vez. Eran los cuatro ministerios que dirigían todo el aparato de gobierno. El Ministerio de la Verdad, que se preocupaba de las noticias, el tiempo libre, la educación y el arte. El Ministerio de la Paz, para los asuntos de guerra. El Ministerio del Amor, que mantenía el orden y la disciplina. Y el Ministerio de la Abundancia, que era responsable de los asuntos económicos. Sus nombres en neolengua: Miniverdad, Minipax, Miniamor y Miniabundancia.

El Ministerio del Amor era terrorífico. No tenía ventanas. Winston jamás había estado en su interior, ni siquiera a medio kilómetro de distancia. Era imposible entrar a él, salvo para asuntos oficiales y, aun así, había que pasar por un laberinto de alambre de púa, puertas de acero y nidos de ametralladoras ocultos. Hasta las calles que conducían a sus barricadas exteriores estaban inundadas de guardias de uniforme negro y cara de gorila, armados con garrotes.

Winston se volvió abruptamente. Su rostro había adquirido esa expresión de sereno optimismo que era conveniente mostrar frente a la telepantalla. Cruzó la habitación hacia la pequeña cocina. Al salir del Ministerio a esta hora del día renunciaba al almuerzo en el casino, y sabía que no tenía más comida que un trozo de pan negro destinado al desayuno del día siguiente. Sacó del estante una botella de líquido incoloro, de etiqueta sencilla, que decía GIN DE LA VICTORIA. Su olor aceitoso y penetrante recordaba al licor de arroz. Winston se sirvió una taza casi llena, se preparó para soportar el sabor y lo tragó como si fuera un remedio.

Instantáneamente, su cara se puso roja y sus ojos se llenaron de lágrimas. Parecía ácido nítrico, y al tragarlo tuvo la sensación de recibir un garrotazo en la nuca. Pero en seguida se calmó el ardor y el mundo empezó a verse más alegre. Sacó un cigarrillo de un paquete arrugado que decía CIGARRILLO DE LA VICTORIA, pero lo tomó en posición vertical y el tabaco se cayó al suelo. Tuvo más suerte con el siguiente. Volvió al living y se sentó en una mesita a la izquierda de la telepantalla. Sacó del cajón una pluma, un tintero y un libro en blanco, con el lomo rojo y la tapa vetada.

Por alguna razón, la telepantalla estaba en una extraña posición. En vez de encontrarse, como normal, en la pared del fondo, desde donde dominaría toda la habitación, estaba en la pared lateral, frente a la ventana. A un lado de la telepantalla había un hueco —seguramente destinado a guardar libros— en el que Winston se sentó. Apoyado en la pared, Winston estaba fuera del alcance de la telepantalla. Por supuesto que podía ser escuchado pero, mientras se mantuviera en esa posición, no sería visto. Fue en parte la inusual geografía de la habitación la que sugirió hacer lo que estaba a punto de hacer.

Pero también le ayudó el libro que acababa de sacar. Era un libro extrañamente hermoso. De hojas lisas color crema, un poco desteñidas por el tiempo, era de una calidad no vista en los últimos cuarenta años. Conjeturó que el libro era mucho más viejo aún. Lo había visto en la desordenada vitrina de

un bazar en algún barrio bajo (no recordaba cuál) y le había sobrevenido un deseo inmenso de poseerlo. Los miembros del Partido no debían frecuentar tiendas de ese tipo ("transar en el libre mercado" se llamaba), pero el consejo no se respetaba estrictamente, porque había cosas, como cordones y hojas de afeitar, imposibles de obtener de otro modo. Echó una mirada a ambos lados de la calle, entró furtivamente y se compró el libro por dos dólares cincuenta. No sabía exactamente para qué lo quería. Lo llevó a su casa en un maletín, con una vaga sensación de culpa. Aun en blanco, el libro resultaba comprometedor.

Winston estaba a punto de empezar a escribir un diario. Esto no era ilegal (nada lo era, ya que no había leyes), pero, si llegaban a sorprenderlo, la pena de muerte era lo más probable; o, por lo menos, 25 años de trabajos forzados. Winston fijó la pluma y la limpió con su lengua. Era un instrumento arcaico, ni siquiera se usaba para firmar, y él la había conseguido clandestinamente y con dificultad, porque sintió que su hermoso papel color crema merecía una pluma en lugar de ser rasguñado por un lápiz común. No estaba acostumbrado a escribir a mano. Salvo notas muy escuetas, lo normal era dictarlo todo al hablescribe, imposible en la actual circunstancia. Mojó la pluma y vaciló. Un temblor lo sacudió. El acto decisivo era marcar el papel. Con letra torpe y pequeña escribió:

4 de abril 1984.

Se echó hacia atrás. Una sensación de completo desamparo se apoderó de él. Ni siquiera tenía certeza de que ese año fuera 1984. Debería ser alrededor de esa fecha, ya que estaba seguro de tener 39 años y creía haber nacido en 1944 o 1945; pero era imposible precisar fecha en esos días.

Orwell, G. (2005). 1984. Santiago: Ediciones Cero Manquehue.
Traducción de Samuel Silva. (Fragmento)

1. Según lo leído, ¿qué será la Policía del Pensamiento? Fundamenta.
2. Interpreta la oración "el hábito se convertía en instinto" según el contexto.
3. ¿Por qué Winston escribe a escondidas su diario? Explica.
4. ¿Qué importancia tiene el ambiente físico en que se desarrolla la historia y qué información aporta al lector? Fundamenta y ejemplifica con citas del texto.
5. ¿Por qué el narrador afirma que "hasta una espalda podía ser reveladora"? Justifica con marcas textuales.
6. Analiza las tres consignas del partido que aparecen en la fachada del Ministerio de la Verdad: ¿qué función cumplen en el mundo narrado?
7. Describe en dos líneas la sociedad en que vive Winston. Para esto, considera las ideas de libertad y control.
8. Relaciona el espacio del mundo narrado con el estado de ánimo del personaje. ¿Cómo se vinculan? Fundamenta con marcas textuales.
9. George Orwell es el seudónimo de Eric Blair (1903-1950), escritor y periodista británico involucrado en la lucha contra los poderes políticos totalitarios durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Este interés se refleja en sus obras, donde denuncia y critica el control y la restricción de libertades que sufren los individuos. Según esta información, ¿qué elementos de la narración reflejan el contexto histórico del siglo XX? Fundamenta.